

«El libro del año.» *The Sunday Times*

Barbara F. Walter

CÓMO EMPIEZA

UNA

GUERRA CIVIL

Y CÓMO EVITAR QUE OCURRA

 PENÍNSULA

Cómo empieza una guerra civil

Y cómo evitar que ocurra

Barbara F. Walter

Traducción de Gemma Deza Guil

Título original: *How Civil Wars Start. And How to Stop Them*

© Barbara F. Walter, 2022

Obra publicada originalmente por Crown, un sello de Random House, una división de Penguin Random House LLC, Nueva York.

Los derechos de traducción han sido gestionados por Sandra Dijkstra Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.

Todos los derechos están reservados.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91

702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Primera edición: abril de 2025

© de la traducción del inglés, Gemma Deza Guil, 2025

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2025

Ediciones Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionespensula@planeta.es

www.edicionespensula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Impresión y encuadernación: Black Print

Depósito legal: B. 5.381-2025

ISBN: 978-84-1100-359-9

Printed in Spain - Impreso en España



Índice

Introducción	11
1. El peligro de la anocracia	25
2. El auge de las facciones	59
3. Las sombrías consecuencias de la pérdida de estatus	97
4. Cuando la esperanza muere	123
5. El acelerante	153
6. ¿Estamos cerca?	187
7. ¿Cómo sería una guerra?	229
8. ¿Cómo evitar una guerra civil?	271
Agradecimientos	313
Notas	319

El peligro de la anocracia

Noor cursaba segundo curso en un instituto de secundaria de Bagdad cuando el ejército estadounidense atacó por primera vez Irak el 19 de marzo de 2003. Con trece años, había visto al líder de su país, Sadam Husein, condenar al presidente de Estados Unidos, George W. Bush, en televisión por amenazarlos con una guerra y había escuchado a su familia hablar durante las cenas acerca de una posible invasión norteamericana. Noor era la típica adolescente. Le encantaban Britney Spears, los Backstreet Boys y Christina Aguilera. Veía el programa de Oprah Winfrey y *El show del Dr. Phil** en su tiempo libre, y una de sus películas favoritas era *Matrix*. No se imaginaba a soldados estadounidenses en Bagdad, donde la vida, aunque en ocasiones era dura, consistía

* *El show del Dr. Phil* es un programa de tertulia estadounidense presentado por el Phil McGraw y estrenado en 2002, gracias a la popularidad alcanzada por McGraw, psicólogo clínico, con su apartado sobre «estrategias de vida» en el programa de Oprah Winfrey. El programa toca una amplia variedad de temas, como la pérdida de peso, la planificación financiera, el autismo o la rebeldía en la adolescencia. (N. de la t.)

sobre todo en pasar el rato con los amigos, pasear por el parque e ir a ver a sus animales preferidos al zoo. La guerra le parecía algo completamente irreal.

Pero dos semanas después, soldados estadounidenses llegaron a su parte de la ciudad. Lo primero que oyó fue los aviones, y luego explosiones a última hora de la tarde. Subió corriendo a la azotea de su edificio, siguiendo a su madre y a sus hermanas, sin saber lo que encontrarían. Al mirar hacia el cielo, vio vehículos blindados flotando bajo paracaídas. «Era como una película», comentaba.¹ Al cabo de pocos días, soldados estadounidenses patrullaban por su calle, y Noor salió corriendo a la puerta de su casa para observarlos. Vio a sus vecinos también en los umbrales de sus viviendas, sonriendo. Los soldados les devolvían la sonrisa, dispuestos a hablar con cualquiera que quisiera intercambiar opiniones con ellos. «Todo el mundo parecía muy feliz —recordaba Noor—. Había llegado la libertad.» Menos de una semana después, el 9 de abril, conciudadanos iraquíes se congregaron en la plaza Firdos, en el centro de Bagdad, donde ataron una cuerda alrededor de la enorme estatua de Sadam y, con la ayuda de soldados estadounidenses, la derribaron. Noor pensó: «Qué bien, ahora tendremos una nueva vida, una vida mejor».

La vida con Sadam al frente del país no había sido fácil. El padre de Noor era funcionario gubernamental, como tantos otros iraquíes, y su familia pasaba estrecheces. La guerra fallida de Sadam contra Irán en la década de 1980 había dejado un Irak empobrecido y endeudado, y la situación había empeorado aún más tras 1990, después de la invasión de Kuwait y de las sanciones econó-

micas impuestas. La familia de Noor, como la mayoría de las familias iraquíes, bregaba con una inflación desenfrenada, un sistema sanitario en pleno desmoronamiento y la escasez de alimentos y medicamentos. Y, además, vivían con miedo. Los iraquíes tenían prohibido hablar de política o criticar al Gobierno. Habían acabado por convencerse de que las paredes hablaban y de que los servicios de seguridad de Sadam estaban siempre avizores. Sadam había tratado con brutalidad a sus enemigos y rivales durante sus veinticuatro años de mandato. Los iraquíes que criticaban al presidente, a su séquito o al Partido Baaz podían ser condenados a muerte. Se ejecutaba a periodistas o bien se los obligaba a exiliarse. Algunos disidentes eran encarcelados y otros, simplemente, desaparecían. Corrían rumores entre la población acerca de las torturas a las que se sometía a los prisioneros (ojos arrancados y genitales electrocutados) antes de matarlos, ya fuera en la horca, decapitándolos o ante un pelotón de fusilamiento.

Pero habían llegado los estadounidenses y, ocho meses después de que ciudadanos iraquíes derribaran la estatua de Sadam, soldados americanos hallaron al atemorizado dictador oculto en una madriguera a dos metros y medio de profundidad cerca de su ciudad natal, Tikrit. Estaba sucio y parecía confuso. Con Estados Unidos al mando, la mayoría de los iraquíes creían que su país renacería y que disfrutarían de la libertad y las oportunidades disponibles en los países occidentales. Las familias soñaban con vivir en una verdadera democracia. El Ejército y, quizá, la Judicatura se reformarían. Se pondría fin a la corrupción. La riqueza, incluida la generada por el

petróleo, se distribuiría de manera más equitativa. A Noor y a su familia les emocionaba la idea de tener televisión por satélite y una prensa independiente. «Creíamos que respiraríamos libertad, que seríamos como Europa»,² apuntaba Najim al-Jabouri, un exgeneral del Ejército de Sadam. Se equivocaban.

Cuando Sadam Husein fue capturado, los investigadores que estudiamos la democratización no lo celebramos. Sabíamos que un proceso de democratización, sobre todo cuando se produce de manera rápida en un país profundamente dividido, puede ser muy desestabilizador. De hecho, cuanto más radical y acelerado es el cambio, más desestabilizador puede resultar. Estados Unidos y el Reino Unido creyeron estar llevando la libertad a una población que la recibía con los brazos abiertos. Pero, en lugar de eso, lo que estaban a punto de hacer era crear el caldo de cultivo perfecto para que estallara una guerra civil.

Irak era un país azotado por las rivalidades políticas, tanto por cuestiones étnicas como religiosas. Los kurdos, una amplia minoría étnica en el norte, llevaban mucho tiempo enfrentados a Sadam reclamando su autonomía: querían autogobernarse. A los chiíes, el 60 por ciento de la población iraquí, les desagradaba estar gobernados por Sadam Husein, que era suní, y por su Partido Baaz, en su mayoría también suní. Con el transcurso de las décadas, Sadam había logrado consolidar el poder de su grupo minoritario colocando en los cargos gubernamentales a suníes y exigiendo a todo el mundo que se alistara al Partido Baaz para poder aspirar a un empleo al margen de su religión o credo, al tiempo que

lanzaba a sus asesinas fuerzas de seguridad sobre el resto de la población.

Apenas dos meses y medio después de la invasión, los iraquíes se congregaron en facciones sectarias rivales, en parte por culpa de dos decisiones fatídicas del Gobierno estadounidense. En un intento por imponer una rápida democratización del país, Paul Bremer, el administrador al frente del Gobierno de transición estadounidense en Irak, ilegalizó el Partido Baaz y ordenó apartar del poder a todos los miembros del Gobierno de Sadam Husein, en su mayoría suníes.³ Y, a continuación, dismanteló el Ejército iraquí y envió a centenares de miles de soldados suníes a sus hogares.

De súbito, antes de que pudiera formarse un nuevo Ejecutivo, decenas de miles de funcionarios del Baaz fueron despojados del poder.⁴ Más de 350.000 oficiales y soldados del Ejército iraquí se quedaron sin ingresos. Y más de 85.000 iraquíes civiles, incluidos maestros que se habían alistado al Partido Baaz como condición indispensable para tener un empleo, se quedaron en el paro. Noor, suní, recuerda la sensación de conmoción en todo el país.

Por su parte, quienes habían quedado relegados del poder bajo el imperio de Sadam vieron su oportunidad de oro. De inmediato estallaron pugnas políticas entre figuras como Nuri al Maliki, un disidente chií retornado del exilio, y Muqtada al Sadr, un clérigo chií radical que aspiraba a que Irak se convirtiera en un régimen islámico. Por más que inicialmente los estadounidenses buscaran alcanzar un acuerdo para repartir el poder entre suníes, chiíes y kurdos, no tardaron en ceder a las demandas de Al Maliki, quien exigía un Gobierno con mayoría chií

que reflejara la composición de la población. Para Noor, el resultado no fue una democracia. Fue el caos, seguido de un asalto al poder.

Los ciudadanos corrientes, en especial los suníes, empezaron a preocuparse. Si los chiíes, más numerosos, se hacían con el control del Ejecutivo, ¿qué les impediría volverse en contra de la minoría suní? ¿Qué incentivos tendrían para darles empleo o para compartir los ingresos del petróleo, esenciales para la vida? ¿Qué les impediría clamar venganza por los crímenes pasados de Sadam? Antiguos dirigentes del Partido Baaz, funcionarios de los servicios de inteligencia y oficiales del Ejército iraquí, junto con jefes tribales suníes, no tardaron en darse cuenta de que, si querían retener algún poder en la nueva democracia, tenían que actuar con celeridad. Aparecieron así organizaciones insurgentes incipientes ya a principios del verano de 2003.⁵ No les costó encontrar reclutas en ciudades suníes y en el mundo rural iraquí, de predominio también suní, donde los ciudadanos se sentían cada vez más agraviados política y económicamente. Tal como señaló un ciudadano suní: «Ocupábamos el escalón superior del sistema. Teníamos sueños. Ahora somos los perdedores. Perdimos nuestros empleos, nuestro estatus, la seguridad de nuestras familias y la estabilidad».⁶

Al principio, la insurgencia suní no arremetió contra soldados estadounidenses (ya que estaban demasiado bien armados). En lugar de ello, apuntó la mira a objetivos más fáciles: personas y grupos que colaboraban con los norteamericanos. Entre ellos se incluían los chiíes que se alistaron en las nuevas fuerzas de seguridad iraquíes, así como políticos chiíes y organizaciones interna-

cionales, incluidas las Naciones Unidas. El objetivo de los insurgentes era socavar o eliminar el apoyo a la ocupación de Estados Unidos y aislar al ejército norteamericano. Fue más tarde cuando los insurgentes empezaron a atacar a las tropas americanas, plantando bombas baratas pero muy efectivas en los márgenes de las carreteras, a lo largo de importantes vías de suministros. Cuando Sadam Husein finalmente fue capturado, en diciembre de 2003, había estallado ya una guerra de guerrillas.

El conflicto se agravó en abril de 2004, cuando facciones chiíes empezaron a rivalizar por el poder.⁷ La más destacada era una milicia chií liderada por Muqtada al Sadr, que aprovechó la ira de los nacionalistas chiíes contra la ocupación estadounidense para recabar apoyos. Al Sadr también puso la diana en las tropas y los aliados de Estados Unidos, con la intención de convencer a los norteamericanos de abandonar el país. Cuando se celebraron las primeras elecciones parlamentarias en Irak, en enero de 2005, estaba claro que los suníes ocuparían, en el mejor de los casos, un papel secundario en el Gobierno. Algunos esperaban que los estadounidenses intercedieran para reforzar la Constitución o frenar a Al Maliki. Pero Estados Unidos no tenía intención de quedarse empantanado a largo plazo en Irak y se abstuvo de intervenir. En paralelo a la multiplicación de los actos violentos contra las fuerzas de la coalición se recrudecía la refriega entre iraquíes, quienes, fracturados en docenas de milicias regionales y religiosas, intentaban hacerse con el control del país. Muchos contaban con el respaldo de la población local y recibían financiación y armas de rivales extranjeros. «Arabia Saudí apoyaba a las

milicias suníes, mientras que Irán respaldaba a las chiíes, y luego estaba Muqtada al Sadr, que no necesitaba que nadie lo apoyara —recordaba Noor—. En todas partes, la gente empezó a tomar partido.»⁸

Al poco resultaba demasiado peligroso para Noor salir de casa o incluso ir a comprar a la tienda de comestibles del barrio. Milicias rivales pugnaban por el control del territorio y había francotiradores apostados en la calle, a la espera de detectar a cualquier transeúnte; las bombas en los arcones de las carreteras y los retenes militares se convirtieron en moneda corriente. En el zoo, donde Noor había pasado tantos fines de semana con sus amigas, los animales que no se morían de hambre acababan como alimento de una población cada vez más desesperada por la hambruna.⁹ Noor y su familia no sabían qué hacer. Al principio, huyeron al vecindario de un pariente, más seguro, y luego, en 2007, se marcharon de Bagdad porque ya no se sentían seguros en ninguna parte de la ciudad. Viajaron en autobús hasta Damasco, donde consiguieron estar tranquilos, al menos por un tiempo. No sabían que el derramamiento de sangre y el caos de la guerra civil también acabarían llegando a las calles de Siria.

El ejército estadounidense había tardado solo unos meses en derrocar a Sadam Husein y encaminar a Irak hacia la democracia. Pero, prácticamente con idéntica celeridad, el país había sucumbido a una brutal guerra civil que se prolongaría más de una década. Como la estatua derribada del dictador, todas las esperanzas de Noor —de tener más libertad de expresión, nuevos derechos y nuevos sueños— habían quedado hechas añicos.

En los últimos cien años, el mundo ha experimentado la mayor expansión de la libertad y los derechos políticos de toda la historia de la humanidad. En 1900 apenas existían democracias. En cambio, en 1948, mandatarios de todo el planeta habían adoptado la Declaración Universal de los Derechos Humanos, rubricada por casi todos los países miembros de la ONU.¹⁰ Dicho documento establecía que todas las personas tenían derecho a participar en el Gobierno de su país, así como el derecho a la libertad de expresión, religión y reunión pacífica, y que, además, dichos derechos se tenían al margen del sexo, el idioma, la raza, el color, la religión, las circunstancias del nacimiento o la opinión política. En la actualidad, cerca del 60 por ciento de los países del mundo son democracias.¹¹

Los ciudadanos de las democracias liberales tienen más derechos civiles y políticos que quienes no viven en democracia. Participan más en la vida política de sus naciones, están mejor protegidos frente a la discriminación y la represión, y reciben un mayor porcentaje de los recursos estatales. Además, son más felices, más ricos, cuentan con una mejor educación y, por lo general, tienen una esperanza de vida superior a la de las poblaciones que viven bajo dictaduras. Ese es el motivo que impele a los refugiados a arriesgar la vida para llegar a Europa, huyendo de los países más represivos de Oriente Medio, Asia Central y África. Y también es el motivo por el que el presidente Bush, tras invadir Irak, estaba convencido de que Estados Unidos establecería «un Irak libre en pleno corazón de Oriente Medio» e inspiraría «una revolución democrática global».¹²

Un sistema de gobierno democrático presenta otra gran ventaja. Las democracias plenas corren menos riesgo de entrar en guerra tanto a nivel interno como con las ciudadanías de otras democracias. Puede haber discrepancias en la forma que adopta la democracia, y la necesidad de consenso y compromiso puede generar frustración en la población. Pero, ante la disyuntiva entre democracia y dictadura, la mayoría optará sin dudarlo por la democracia.¹³

Con todo, el camino hacia la democracia está sembrado de peligros. Cuando estudiosos de todo el mundo comenzaron a recopilar datos sobre guerras civiles, a principios de la década de 1990, apreciaron una correlación interesante: desde 1946, justo después del final de la Segunda Guerra Mundial, el número de democracias en el planeta se había disparado, pero también el número de guerras civiles.¹⁴ Parecían aumentar en tándem. La primera ola de democratización dio comienzo en 1870, cuando ciudadanos de Estados Unidos y multitud de países de Centroamérica y Sudamérica empezaron a exigir reformas políticas. (La población negra no tuvo participación plena en la democracia de Estados Unidos hasta la década de 1960, si bien sí consiguió ampliar sus derechos temporalmente durante la Reconstrucción.)*

* La Reconstrucción de Estados Unidos fue un periodo histórico que tuvo lugar tras la guerra de Secesión (1861-1865), aproximadamente entre 1865 y 1877. Su objetivo principal fue abordar los desafíos políticos, sociales y económicos derivados de la guerra, especialmente en los estados del Sur, y determinar la reintegración de estos estados en la Unión. Los estados confederados que se habían secesionado durante la guerra civil debían ser readmitidos en la Unión. Ello implicaba esta-

La segunda oleada se produjo inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los países recién derrotados y las naciones poscoloniales intentaron fundar sus propios Gobiernos democráticos. Y la tercera ola avanzó por el Asia oriental, Latinoamérica y la Europa del Este y del Sur en las décadas de 1970, 1980 y 1990, cuando más de treinta países hicieron la transición a una democracia. La última ola dio comienzo con la invasión estadounidense de Irak en 2003 y pareció cobrar ímpetu a medida que las protestas de la Primavera Árabe se propagaban por Oriente Medio y el África del Norte.

Las guerras civiles aumentaron en paralelo al número de democracias.¹⁵ En 1870, prácticamente en ningún país se estaba librando una guerra civil y, en cambio, en 1992, había más de cincuenta conflictos en curso.¹⁶ Serbios, croatas y bosniacos (bosnios musulmanes) se enfrentaban entre sí en una Yugoslavia en proceso de fragmentación. Grupos rebeldes islamistas se alzaban contra el Gobierno en Argelia. Los dirigentes de Somalia y el Congo de súbito tuvieron que hacer frente a múltiples grupos armados que desafiaban su poder, tal como ocurría con los Gobiernos de Georgia y Tayikistán. Y al poco, los hutus y los tutsis estaban masacrándose mutuamente en Ruanda y Burundi. A principios de los años noventa, el número de guerras civiles en todo el mundo había alcanzado su punto álgido en la historia moderna.

Al menos, hasta entonces. En 2019 se registró un nuevo pico.¹⁷

blecer nuevos Gobiernos estatales leales a la Administración federal y aceptar la abolición de la esclavitud. (*N. de la t.*)

Resulta que uno de los mejores factores de predicción para determinar si un país experimentará una guerra civil es si avanza hacia la democracia o se aleja de ella.¹⁸ Sí, la democracia. Los países casi nunca pasan de una autocracia total a una democracia plena sin una complicada transición intermedia. Los intentos de los mandatarios de democratizar un país suelen conllevar un retroceso importante o un estancamiento en una zona media pseudoautocrática. E incluso si la ciudadanía logra imponer una democracia plena, sus Gobiernos no siempre la mantendrán. Los déspotas en potencia pueden recortar derechos y libertades y concentrar el poder, provocando un debilitamiento de las democracias. Hungría se convirtió en una democracia plena en 1990 antes de que el primer ministro Viktor Orbán encauzara al país, de manera paulatina y metódica, hacia una dictadura. Es en esta zona intermedia donde suelen ocurrir la mayoría de las guerras civiles.¹⁹

Los expertos denominan a los países que se hallan en esta zona intermedia «anocracias», pues no se trata ni de autocracias ni de democracias plenas, sino de algo a medio camino entre ambos sistemas.²⁰ Ted Robert Gurr, catedrático en la Northwestern University, acuñó el término en 1974 tras recopilar datos sobre los rasgos democráticos y autocráticos de Gobiernos de todo el mundo. Previamente, Gurr y su equipo habían debatido cómo llamar a estos regímenes híbridos, y habían empleado esporádicamente la expresión «en transición» hasta decantarse por «anocracia». Los ciudadanos disfrutaban de algunos elementos de un mandato democrático, como puede ser el derecho al voto, pero también viven bajo líderes con

un amplio poder autoritario y pocos mecanismos de equilibrio de poderes.

Hace mucho tiempo que los expertos en guerras civiles somos conscientes de la relación entre la anocracia y la guerra civil. Por eso fuimos tan críticos con la decisión del presidente Bush de intentar catapultar Irak de una autocracia a una democracia en 2003. Entendíamos que una transición política sustancial en Irak tenía muchos números de desencadenar una guerra civil. Los expertos hemos visto este mismo patrón en todo el mundo en el último siglo. Los serbios entraron en guerra con los croatas casi inmediatamente después de que Yugoslavia empezara a democratizarse en 1991. Y lo mismo ocurrió en la España de la década de 1930: los ciudadanos españoles cataron la democracia por primera vez en junio de 1931, tras la celebración de sus primeras elecciones democráticas; cinco años después, esos mismos ciudadanos se sublevaron cuando los militares dieron un golpe de Estado para intentar hacerse con las riendas del país.²¹ Y el plan para la democratización de Ruanda fue el catalizador para el genocidio de los tutsis perpetrado por los hutus. No es ninguna coincidencia que las mayores guerras civiles que se libran hoy —en Irak, Libia, Siria y el Yemen— nacieran de intentos de democratización.

Categorizar los países como democracias, autocracias o anocracias es una labor que exige una gran minuciosidad. Los investigadores llevamos décadas recopilando información detallada acerca de las formas de gobierno que existen en todo el mundo y sobre cómo han ido cambiando a lo largo del tiempo. Hay varios grandes conjuntos de datos, cada uno de los cuales mide variables

distintas, si bien la mayoría de los investigadores de conflictos solemos recurrir al que ha compilado el Polity Project del Center for Systemic Peace, una organización sin ánimo de lucro que apoya la investigación y el análisis cuantitativo en materia de democracia y violencia política. Ted Gurr puso en marcha este proyecto, que ahora dirige su exsocio, Monty Marshall. Se trata de una base de datos útil por el extenso marco temporal histórico que cubre, por el gran número de países que abarca y porque fue una de las primeras en intentar cuantificar los sistemas de gobernanza de los países con fines de análisis estadístico.²² Una de las medidas más influyentes de esta base de datos es la puntuación del régimen político en el índice Polity, que consiste en determinar el grado de democracia o autocracia de un país en un año determinado. Se trata de una escala de 21 puntos que va del -10 (más autocrático) al +10 (más democrático). Se considera que los países son democracias plenas si reciben una puntuación entre +6 y +10. Un país recibe una puntuación de +10, por ejemplo, cuando se certifica que las elecciones nacionales son «libres y justas», que no se margina del proceso político a grupos sociales importantes de manera sistemática y que los principales partidos políticos son estables y cuentan con un amplio electorado nacional. Noruega, Nueva Zelanda, Dinamarca, Canadá —y, hasta recientemente, Estados Unidos— reciben una puntuación de +10.

En el extremo opuesto de este índice de regímenes políticos se encuentran las autocracias. Se considera que un país es una autocracia si recibe una puntuación entre el -6 y el -10. Los países con una puntuación de -10,

como Corea del Norte, Arabia Saudí o Bahréin, no ofrecen a sus ciudadanías la posibilidad de elegir a sus dirigentes y permiten que estos gobiernen a su antojo.

Las anocracias se sitúan en el medio, con puntuaciones de entre -5 y $+5$. En las anocracias, los ciudadanos se benefician de algunos aspectos de un sistema democrático —por ejemplo, pueden celebrarse elecciones—, pero cuentan con presidentes que ejercen un poder muy autoritario. Fareed Zakaria denomina estos tipos de gobiernos «democracias iliberales».²³ Sin embargo, también pueden concebirse como democracias parciales, falsas democracias o regímenes híbridos. Turquía se convirtió en una anocracia en 2017, cuando la ciudadanía votó el cambio de la Constitución del país para otorgar al presidente Recep Tayyip Erdoğan un poder casi ilimitado. Zimbabue parecía hallarse en la senda hacia una mayor democracia tras la dimisión del presidente Robert Mugabe en 2017, pero desde entonces ha revertido a viejos patrones de represión política, sobre todo en lo tocante a la violencia que rodea las elecciones. Irak nunca llegó a ser una democracia plena; también es una autocracia.

La primera vez que la CIA detectó la relación entre la anocracia y la violencia fue en 1994.²⁴ El Gobierno de Estados Unidos había solicitado a la agencia la elaboración de un modelo para predecir (con dos años de adelanto) en qué puntos del mundo era más probable que se registraran inestabilidad política y conflictos armados. ¿Cuáles eran las señales de advertencia de que un país se encaminaba hacia la violencia? A tenor de los resultados, el Gobierno pondría a los países con más indicadores de riesgo en una lista de observación.